



que intervienen en la Gran Zafra. Llegaron primero setenta y nueve y poco después veintitrés más; ciento dos en total. No hace falta insistir en que esta participación internacional reviste un carácter simbólico, de solidaridad con los macheteros cubanos; alcanza su mayor significación con la presencia de los voluntarios yanquis.

El ritmo de la Gran Zafra responde a los proyectos previamente establecidos. En estos momentos, el retraso en la recolección es sólo de tres días. Fidel Castro espera que esta mínima diferencia con el plan quedará superada en el mes de marzo, de modo que el 15 de julio, en el central Guiteras, de Oriente, se cumplan los diez millones de toneladas. El recuento de la producción se lleva a cabo en La Habana por medio de computadores electrónicos instalados en locales del Ministerio del Azúcar.

En un discurso pronunciado por Castro la semana pasada, a través de la Radio y la Televisión, el primer ministro cubano subrayó el auténtico sentido de este esfuerzo nacional sin precedentes: «Estamos decididos a no perder esta batalla; aquí estamos defendiendo el honor, el prestigio, la seguridad y la confianza del país en sí mismo». La Gran Zafra se desenvuelve en ciento cincuenta y dos puntos de la isla. Fidel Castro expuso meticulosamente la marcha del corte en todos ellos. Definió como «centrales críticas» a todos aquellos que, por razón de una superproducción basada en el mejor resultado de los fertilizantes, o de las variedades utilizadas en la siembra, poseen excedentes pendientes de la molienda. Entre ellos figuran las dieciséis centrales de La Habana. Para resolver este problema se ha creado un servicio de distribución que organiza la industrialización de la caña cortada. ■ E. G. R.

LA FALSA UNIDAD

Los grupos dominantes o clases rectoras, al «hacer la historia», imponen un lenguaje y unos conceptos que, siendo solamente la expresión de su realidad, son presentados como la imagen universal de la realidad del hombre. Ello ha hecho que una gran parte de los hombres haya de vivir en una permanente duplicidad, respetando y empleando una serie de convenciones que son, sin embargo, la expresión de unos intereses y modos de vida de otros. Colocados unos hombres determinados ante una situación de-

terminada, la analizan con argumentos propios de hombres y de situaciones distintos. Una serie de palabras generalizadoras, como españoles, occidentales, generación, esta época, estudiantes, etc., etc., se esfuerzan en establecer la unidad entre lo que, muchas veces, es heterogéneo.

La «relativización» de los conceptos, su desesquemmatización, parece que debe ser rápidamente conquistada si queremos llevar adelante, salvándonos de la abstracta, pero no neutra, «universalidad», ciertos

**art
buch
wald**

EL PARTIDO QUE PERDIO SU CABEZA

WASHINGTON.—Una lectora de Grosse Pointe, Michigan, quiere saber por qué siempre me meto con los republicanos y nunca con los demócratas. La respuesta es tan obvia, que me extraña que alguien haga tal pregunta. El motivo de que no me meta con los demócratas es que, en la práctica, no existen. Descubrí esto cuando me encontré con un demócrata dormido en un banco del parque. Cuando despertó, le dije:

—Querria hablar con su líder.
—Usted debe estar bromeando —contestó.
—No, no... Alguien mandará en su partido, supongo.
—Desde hace un año no tenemos líder. Desde la convención de Chicago lo es cada uno por su cuenta. ¡Oiga!, por favor, ¿podría darme veinticinco centavos para sufragar los gastos de mi campaña? —dijo mientras movía tristemente la cabeza.
—No me diga que no hay dinero en el fondo de los demócratas...

—La última vez que fui a la oficina general me echaron.
—¿Por qué?
—No lo sé —contestó, limpiándose la mejilla sucia con un viejo cartelón que tenía el retrato de Hubert Humphrey—. ¿Me creerá usted si le digo que hubo un tiempo en que a todas partes que miraba usted no encontraba sino demócratas? Ellos eran la flor y nata de Washington. Los intrigueros se los rifaban, los grupos de presión estaban deseando escuchar algo de nuestros labios para complacernos; algunos de nosotros comíamos en la Casa Blanca tres veces por semana. Fue la Edad de Oro para el partido. Mire: todavía tengo aquí un holigrafo que me regaló el presidente Johnson. ¿No le gustaría comprármelo?

—Ya compré dos a unos congresistas demócratas que los venden en las escaleras del Capitolio —contestó mientras negaba con la cabeza.
—Me lo temía —dijo—. ¿Y estas botas de cuero casi nuevas, hechas en Texas?

—No, gracias. Volviendo a lo del líder, seguramente han discutido entre ustedes el tema...

—Desde luego; estuvimos de acuerdo en que lo que el partido precisa en el Congreso es un líder juvenil, con imaginación y nuevas ideas...

—Estupendo.
—Por ese motivo decidimos apoyar al presidente de la Cámara, McCormack.

—¿Y qué me dice usted del Comité Nacional Demócrata?
—En lo que al dirigente del partido concierne, querremos alguien que pueda hablar por los demócratas, recaudar dinero para ellos y hacer que las distintas facciones del partido se pongan de acuerdo en las grandes cuestiones del día...

—Ciertamente, no se puede luchar sobre eso...
—No. Pero tampoco encontramos a nadie que quiera aceptar.
—¿Qué me dice sobre el hombre que se enfrentará al presidente Nixon en mil novecientos setenta y dos?

—Al partido le sobran candidatos. Ahí está Hubert Humphrey, y también, también... ¿No le interesa comprar un gorro mapache?
—Vamos a ver, ¿cuáles serán las cuestiones principales en la campaña para el Congreso este año?

—La inflación, el crimen en las calles y nuestra posición de defensa en el mundo entero.

—Pero esos son los mismos temas que utilizan los republicanos para derrotar a los demócratas...

—¿Para qué tener dos partidos si no pueden emplear los mismos temas para derrotarse?... ¡Oiga! ¿No quiere comprar una foto dedicada del alcalde Daley, de Chicago, el hombre que nos puso en el camino del olvido?

—Lo siento, pero yo nunca ayudo a ningún partido político...
—Mire —me dijo, sacando de un morral un puñado de papeles—, este es el original donde el ex presidente Johnson explica cómo decidió suspender los bombardeos en Vietnam. No hay duda de que algún día esto será buscado por los coleccionistas...

(Copyright 1970, The Washington Post, Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

Crónicas de la Era Lunar

J.-J. S.-S. ATACA

Por PABLO DE LA HIGUERA

No; no es el título de la última película de James Bond. J.-J. S.-S. es Jean-Jacques Servan-Schreiber, el periodista, publicista, equilibrista y hombre de empresa moderno que ha abandonado la dirección del "Express" para lanzarse a tumba abierta a la batalla política. El autor del "Desafío americano" lanza su desafío francés con una operación inicial que, más que un desafío, es un milagro: la resurrección de ese muerto pacífico y quietecito que era el partido radical.

Servan-Schreiber (J.-J. S.-S. para los íntimos y los periodistas, es su lado americano y jamesbondesco) sueña en las bodas triunfales del hombre y la computadora, la técnica y la cultura, Europa y América, el "marketing" y el "happening", el capitalismo y el socialismo, don Quijote y Sancho, Mao-Tse-Tung y Nelson Rockefeller. Con el mismo zafarrancho de combate publicitario con que organizó su famoso viaje a España, J.-J. S.-S. lanza ahora en toda Francia su "manifiesto radical", voluminoso mamotreto que no es tan manifiestamente radical ni tan radicalmente manifiesto como su nombre indica. Con todo y con ello, en medio de las concordancias entre la "novísima sociedad" de J.-J. S.-S. y la "nueva sociedad" de Pompidou-Chaban, se puede detectar la bomba diferenciadora... y desintegradora; los bienes de producción no podrán transmitirse por herencia. La fábrica de papá pasa al Estado. Total que, si uno lo ha entendido bien, al cabo de una generación o dos, todos socialistas, como quien dice. ¡Caray con J.-J. S.-S.! Para radicalizar así a los radicales buen radicalizador será! Ahora, después de haber ayudado a J.-J. S.-S. a colocar esta bomba de relojería, el único problema que se plantea a los radicales es cómo desecarla a tiempo. De todas formas, en una sociedad con mentalidad redomadamente pro-

pietaria y capitalista, no es difícil imaginar lo que hará papá con la fábrica si sabe que no va a pasar luego a su descendencia. Tomará sus medidas, también radicales.

Para el pequeño poeta marginal que es uno, lo interesante de la tentativa de J.-J. S.-S. es su matemática inverosimilitud. Lo que pretende es la cuadratura del círculo: superar la oposición fundamental entre capitalismo y socialismo. Es el segundo hombre en Francia que lo intenta. El primero fue De Gaulle. Ahora está escribiendo sus memorias.

Claro que J.-J. S.-S. no pertenece a la raza de los visionarios puros, como De Gaulle, sino a una nueva raza de soñadores, híbrida y en cierto modo más fascinante: la de los tecnócratas visionarios. De esta gente puede esperarse todo, incluso la cuadratura del círculo. A mí no me extrañaría que un día J.-J. S.-S. fuera Presidente de la República. Es decir, Presidente Director General de la República. Entendiendo por República, naturalmente, una gran empresa nacional, con sus "managers" dirigiendo los diversos departamentos comerciales llamados antiguamente Ministerios. Y el Presidente Director General (PDG, dicen aquí) presidiendo cada semana un Consejo de Administración (ex Consejo de Ministros). Este sistema, y con esta nomenclatura, tendrá al menos la ventaja de superar de una vez las contradicciones "política-economía-moral" (otro círculo difícil de cuadrar), gracias a la supresión definitiva —y radical— del primero y tercer términos del trinomio. Así se comprenderían mejor, entre otras cosas, los recientes descubrimientos del Mediterráneo.

Entre tanto, sigue aumentando por ahí la cantidad de gente que, a partir de una edad cada vez más temprana, sospechan que la vida tal vez pudiera ser otra cosa.

discursos culturales. Muchos piensan que la creciente «subjetividad» de la expresión artística nos conduce a una especie de caos, por cuanto perdida la referencia a la «norma general», tomada como supuesto de la significación del lenguaje, se produce una incomunicación, algo así como un estado de soledad, desde el cual, por más que grite el hombre, difícilmente será entendido en su totalidad. Si la «norma general» —continúan— es examinada con escepticismo y cada hombre busca la expresión real de su situación, se llegaría, entre otras muchas cosas, a la conclusión de que ningún arte crítico es posible, por cuanto cada destinatario estaría en su derecho de considerarse un caso particular. La diversidad de formas, objetivos y supuestos del arte moderno tendría, vistas así las cosas, el sentido de un gran caos, del que sería urgente salir para reconstruir de nuevo la «unidad», la «norma general», el valor «universal».

Frente a esta reflexión, pienso yo si la creciente «subjetividad» no es, al fin, la clara expresión de una diversidad real largo tiempo enmascarada. Pese al desarrollo de los medios de comunicación de masas, al intento por imponer la unidad y hacer comulgar al mundo con los ideales del consumo, el arte, quizá excitado por esa masificación fundamentalmente mercantil, expresa cada vez más el afán de ajustarse a la situación concreta de dónde y de quién emerge. El trabajo del «Living Theatre», por ejemplo, es inseparable de su biografía.

No produce ya ningún desaliento que ciertos juicios sobre lo bueno y lo malo hayan perdido todo valor categórico. El propio crítico, considerado antes como un docto y pasivo intermediario entre la obra de arte y la norma «indiscutible», sa-

bemos hoy que está en una situación determinada y que ella es la que le lleva a aceptar una determinada normativa. Detrás de la aparente generalidad de los juicios antes considerados puramente estéticos, se esconde un compromiso con el proceso social, y no hemos de rasgarnos las vestiduras si, como es lógico, el distinto compromiso determina una distinta visión y estimación de las obras de arte.

Ya sé que esto que digo tiene muchos antecedentes en la historia de la cultura. Y que, a lo largo de los siglos, coincidiendo con las grandes crisis, se ha producido muchas veces esta explosión de lo subjetivo. Limitémonos a considerar ahora que cruzamos por uno de esos períodos, y que, establecida la crisis de una serie de conceptos, tal vez debamos de ver en ello, antes que un caos regresivo, la evidencia de que tales conceptos respondían a una voluntad de falseamiento, a la suplantación de la libre reflexión de cada hombre por unas reglas fatalmente ligadas a los intereses y experiencias de quien las elabora e impone.

Recuerdo aún que, en mi época de estudiante de Bachillerato, estudiábamos la Historia de la Filosofía como un «resultado», como algo que ya estaba escrito, listo para ser aprendido, y no como un proceso abierto y dubitativo. Toda la historia del pensamiento se condensaba en una serie de páginas cerradas, en etapas cuya diversidad podía integrarse en una óptica superior y «unificadora». El mundo aparecía como un libro terminado, quizá porque se sabía que si nos poníamos a considerar la relatividad de sus páginas, la relación entre ellas y las circunstancias que las determinaron, entrábamos en un camino poblado de Dios sabe cuántos tentadores peligros... ■ J. M.

VIVIR ES PELIGROSO

El contemporáneo está apurado. Le están dando demasiado miedo. El aire está contaminado: respirar es peligroso. El tráfico mata, la píldora —por antonomasia— produce trombosis, y el alcohol, cirrosis, y el tabaco, cáncer. En las Cortes puede llegar a haber oposición. El cine español se muere, el castellano está a punto de desaparecer —dice Madariaga—. Falange ha des-

aparecido ya —Dice Gabriel Cisneros—, quieren tirar los pabellones de la vieja casa de la Moneda —aunque algunos griten que son del estilo neomudéjar de Jareño, lo cual no hace más que aumentar la confusión—, la grúa anda suelta por las calles, puede desaparecer el latín y el griego de la enseñanza (Quevedo, en el siglo XVII: «Si las lenguas muertas no estuviesen muertas, habría que matarlas»). Vázquez Montalbán dice que todos somos subnormales (otra vez Quevedo: «Docientos palos le dan — porque a Cisnerón leía. — Ira de Dios, que sería — si leyese a Montalbán»), algunas in-

mobiliarias funden su dinero antes de entregarle su piso, la sombra de la herejía aparece tras unos curas que se quieren casar y tras unos Italianos que se quieren divorciar, las mujeres embarazadas tienen miedo a morir en el parto, a perder su personalidad suplantadas por su hijo, a ser parasitadas por el ombrión; las que no lo están, tienen miedo a estarlo. Buero Vallejo dice que todos estamos sordos, años después de haber dicho que todos estamos ciegos. Los medicamentos fáciles pueden crear la «farmacodependencia», que es una forma de estar drogado, los ciclamatos están en todas

partes, en Cuchilleros —nombre predestinado— se apuñala —y en Barceló y en la Casa de Campo—, en las frutas y verduras puede haber residuos de insecticidas agrícolas; en las conservas, algo de botulismo, y en el cerdo, triquinosis.

El contemporáneo está apurado. El inventario del miedo desciende cotidianamente sobre él. En algún punto del mundo o de la sociedad debe haber una fábrica de ansiedad que produce este pequeño apocalipsis de cada día. En otros tiempos, el ciudadano situaba el terror y la amenaza en círculos exteriores y simbólicos, en un demonio de